

ción moderna», consta de otros tres capítulos. En los tres, la palabra «Ilustración» ocupa el lugar central: «El ataque a la Ilustración en nombre de la ortodoxia», que examina la introducción de Strauss a su libro *Filosofía y ley* (cap. 7), «El ataque a la Ilustración en nombre de Sócrates», que examina la conferencia de Strauss «¿Qué es filosofía política?», pronunciada en Jerusalén (cap. 8) y «El fomento de la Ilustración: la recuperación straussiana del programa teológico-político de Nietzsche» (cap. 9), que proporciona una suerte de conclusión al libro: «La verdadera importancia de Leo Strauss reside en su recuperación de la verdadera historia de la filosofía. Su última recuperación, Nietzsche como filósofo de nuestra época, de la crisis de la conquista moderna de la naturaleza, es la recuperación que más nos concierne, la que más mira a nuestro futuro desde nuestro pasado y presente filosóficos» (p. 310).

Strauss advirtió que el comentarista puede, en ocasiones, ser mucho más audaz que el autor, en la medida en que nadie espera encontrar en su obra la originalidad de una visión del mundo. Pero si, como Nietzsche sugirió, también los dioses filosofan, ¿por qué no habrían de hacerlo los comentaristas?

Antonio Lastra
Instituto Franklin de Investigación
en Estudios Norteamericanos
Universidad de Alcalá

Vanessa Lemm, *Nietzsche y el pensamiento político contemporáneo*, Santiago de Chile: FCE, 2013, 256 pp., ISBN 978-956-289-106-60

Este nuevo libro de Vanessa Lemm recoge ocho ensayos muy sugerentes, publicados entre 2006-2012, en los que la autora trata de relacionar la filosofía de F. Nietzsche con el pensamiento político contemporáneo. No es nuevo que se escriba o se trate de inmiscuir a Nietzsche en el marco de la filosofía política o en el ámbito del debate político, pero en este caso la originalidad está en el modo de abordarlo, es decir, planteando el problema desde una perspectiva novedosa y siguiendo la línea de pensamiento que ya había trazado en su anterior libro, *La filosofía animal de Nietzsche. Cultura, política y animalidad del ser humano*, (Santiago de Chile, 2010). Los que hayan leído este libro tendrán un buen fundamento para comprender mejor las ideas que se desarrollan aquí. La novedad principal es que esta vez esas ideas se ponen en diálogo con otros autores como John Rawls, Stanley Cavell, Hannah Arendt, Jacques Derrida, Teodoro Adorno, Max Horkheimer, Michel Foucault, Roberto Esposito y M. Heidegger. Un elenco de autores representativos de la filosofía contemporánea que la autora muy hábilmente llama a participar en un diálogo con Nietzsche sobre los temas que más le interesan para ofrecer una perspectiva distinta del pensamiento político: la cultura, la civilización y, sobre todo, la reivindicación de la animalidad como fundamento de crítica y de transformación.

Partiendo de los enfoques que actualmente se suelen ofrecer de la «filosofía política» de Nietzsche, es decir, considerar a Nietzsche como un pensador «apolítico», o como un pensador «antipolítico», Vanessa Lemm propone una nueva interpretación: ver la filosofía política de Nietzsche desde la «democracia radical» y el «pensamiento anárquico». De este modo, tal y como nos lo presenta en la introducción, es necesario tener en cuenta dos intuiciones que estructuran la filosofía política de Nietzsche: una, la necesidad que tiene la democracia radical de un aristocratismo radical,

igualitario y agonista; la segunda, que «las formas modernas de poder encuentran su aplicación en la vida biológica de las poblaciones», es decir, que la política moderna es una «biopolítica». Estas dos intuiciones son el hilo conductor para articular el libro en dos partes. La primera trata de los «debates sobre la democracia», es decir, de la relación entre aristocracia y democracia, y la segunda está dedicada a los «debates sobre la biopolítica», tomando como referencia uno de los conceptos más significativos de la filosofía de Nietzsche: la «vida».

En el capítulo primero se toma como punto de partida la obra de Nietzsche *Schopenhauer como educador*, donde define a cada ser humano en relación a su genio y singularidad, en cuanto que es un ejemplar único de la vida. Los interlocutores en este caso son John Rawls y Stanley Cavell, con su teoría del perfeccionismo moral en Nietzsche. La autora, en este caso nos ofrece una lectura distinta apoyándose en los mismos textos en que la cultura no se lleva a cabo a través de un perfeccionismo moral. Una versión extrema de ese perfeccionismo sería la posición de Rawls. Se pone también de relieve la diferencia y distinción determinados por el agonismo. Este es el aspecto aristocrático de la política de la cultura. La importancia de los valores aristocráticos se analiza en el capítulo segundo. Tal vez este sea uno de los capítulos más novedosos en el que se dilucidan conceptos importantes en la filosofía de Nietzsche, tales como «agón», el orden de rango, la diferencia, que hacen de la democracia un estado más libre y más justo en el marco de ese nuevo aristocratismo. Aquí la autora acentúa el sentido del «radicalismo aristocrático». Con gran claridad expone cómo éste no es político, sino cultural-espiritual y encierra en sí mismo los conceptos de «responsabilidad» y «orden de rango». Y además, contra las tendencias normalizadoras y niveladoras se enaltece la singularidad del otro, o sea, preguntarse por lo que es un ser humano noble. No cabe duda de que en este contexto habría que situar el significado que tiene para Nietzsche la idea de superación del hombre y la de transformación, pero sobre todo en su capacidad creadora. Solo puede crear belleza el que es capaz de evaluar y tener conciencia de las posibilidades humanas. El individuo noble en cuanto creador de valores se siente a «distancia», pues su responsabilidad no puede ser compartida y está en relación con su libertad. Para Lemm esta «libertad aristocrática» como responsabilidad es intrínsecamente «anárquica» y genera conflictos «agonales», pero es una garantía de pluralidad y de tolerancia. Además de esta concepción agonística de la libertad, sostiene que la noción aristocrática de un «orden de rango» en Nietzsche no forma parte de su modo de comprender y legitimar la política, sino que la noción de «orden de rango» consiste en contrarrestar el igualitarismo de las sociedades de masas modernas para así promover la práctica de la autorresponsabilidad individual.

Los capítulos tercero y cuarto tratan de la afinidad entre las ideas de Nietzsche y la «democracia radical». En este tema los interlocutores de los que se sirve la autora son Hannah Arendt y Jacques Derrida. Por «democracia radical» se entiende aquella que no apela a fundamentos metafísicos o morales, y que piensa la democracia más allá de la soberanía. De la mano de Hannah Arendt se plantea la pregunta de cómo preservar la supervivencia de la memoria del totalitarismo con la finalidad de asegurar el futuro de lo político. La diferencia entre Arendt y Nietzsche está en que la primera mira hacia la memoria, mientras que el segundo al olvido, a la fuerza del olvido. La relación entre memoria y olvido nos llevan a la manera en que Nietzsche nos habla de la «promesa» y del «perdón». El perdón se entiende como «práctica de donación» en contraposición a la práctica cristiana del perdón que es irracional, no dona, y por lo tanto nunca perdona verdaderamente. Esta no redime el pasado sino que provoca odios hacia el pasado, además no puede donar. ¿Por qué este fracaso? Porque ignora el olvido, el significado del «olvido animal», tal y como Nietzsche lo expone en su

segunda *Consideración Intempestiva*. Además éste es esencial para establecer una relación con el otro basada en la donación.

En la segunda parte del libro trata de poner en relación el pensamiento de Nietzsche con la biopolítica desde perspectivas distintas. La autora toma el término «biopolítica afirmativa» de Roberto Espósito, como una política de la vida que afirma la continuidad entre lo humano, lo animal y otras formas de vida. En el capítulo quinto explica las afinidades entre ésta y la teoría crítica de Adorno y Horkheimer. Es necesario recuperar la naturaleza y reafirmar esa continuidad entre la vida humana y la naturaleza, rescatado toda la potencialidad de la animalidad del ser humano. En este contexto es preciso destacar cómo en el centro de la biopolítica afirmativa de Nietzsche se encuentra la noción de antagonismo entre cultura y civilización, es decir la superación continua de la civilización a través de su antagonismo con la cultura. Este antagonismo también se encuentra en el centro del debate de la teoría crítica. En la primera parte expone cómo la superación de la dominación de la racionalidad instrumental requiere de una memoria cultural que recupera la continuidad entre vida humana y naturaleza. En la segunda expone las concepciones de segunda naturaleza y de antagonismo entre cultura y civilización en Nietzsche. En la tercera parte de este capítulo se analiza el pensamiento representacional en Adorno y Horkheimer.

El capítulo sexto trata de relacionar el concepto de biopolítica en Foucault y Nietzsche a través de la cuestión de la vida animal. Para la autora Nietzsche descubre el papel central que juega la vida animal en la autocomprensión del ser humano, en su política y en su cultura. Esto contribuye a comprender lo que Foucault denomina el «umbral de modernidad biológica». En este mismo capítulo plantea una vez más como hilo conductor de su argumentación cómo en la relación entre cultura y política, la cultura precede a la política y no a la inversa, y sostiene la tesis de que la concepción de la cultura en Nietzsche aporta el eslabón perdido entre animalidad y creatividad, porque explica el modo en que la animalidad engendra cultura, es fuente de creatividad, etcétera.

En el capítulo séptimo se aborda desde otra perspectiva la relación entre naturaleza y humanidad tomando como punto de referencia la concepción de Nietzsche de *Einverleibung* («in-corporación»). Entendido como «transformación creativa», apuntaría a una política de la inmunidad como apertura de la vida a la justicia y comunidad. El proceso de la *Einverleibung* releja una variedad de formaciones culturales y políticas que van desde la educación del individuo hasta la institución del Estado moderno. La autora dialoga con Espósito para quien este concepto es un dispositivo de inmunización que ofrece una respuesta a las necesidades de la preservación de sí y la elevación de la vida. Para Espósito Nietzsche era plenamente consciente de la inmunidad para preservar la vida.

Como conclusión y último capítulo, la autora enfrenta a Nietzsche y Heidegger, en relación al problema de la justicia. Por una parte Heidegger sostenía que la teoría de la justicia de Nietzsche sería la última interpretación del sentido del Ser como presencia transmitido por la filosofía griega. Sin embargo la teoría de la justicia de Nietzsche no es metafísica sino que reúne los distintos elementos que aparecen en el libro. La justicia es al mismo tiempo democrática y aristocrática y se fundamenta en el agonismo y en la donación, y por eso se constituye en el más alto representante de la vida. El libro termina con una copiosa bibliografía sobre los temas tratados.

Estamos, pues, ante un libro novedoso y de gran actualidad, que viene a participar activamente en el debate actual que gira en torno a la reivindicación de las «políticas democráticas agonistas», frente a las políticas democráticas contemporáneas, que siguen más las líneas de Rawls y Habermas, o las toreáis del consenso. Se trata

de otra manera distinta de tratar el tema de la política en Nietzsche, tomando como fundamento la «vida» (*bios*) y, en concreto, la animalidad del ser humano. Partiendo de este supuesto la autora ha ido diseccionando con gran habilidad y claridad las ideas de Nietzsche desde la perspectiva de la política, teniendo en cuenta sobre todo su percepción de la cultura, base y fundamento de cualquier proceso civilizatorio o de cualquier concepción de la política o el Estado. Al tratarse de una recopilación de textos de la propia autora es normal que algunas ideas se repitan, pero en este caso es un elemento positivo pues permite afianzar mejor las ideas que se van desarrollando a lo largo del libro.

Luis Enrique de Santiago Guervós
Universidad de Málaga

Francesca Manno, *Attore e mimo dionisiaco Nietzsche, Wagner e il teatro d'avanguardia francese*, Pisa: ETS, 2012, 337 pp., ISBN 978-884673492-1

El libro de Francesca Manno es un riguroso análisis de las raíces wagnerianas y nietzscheanas del teatro francés de la primera mitad del novecientos, y viene a enriquecer la recepción de Nietzsche en el ámbito del teatro y del actor, y a recorrer un camino interesante que va desde Nietzsche y Wagner a las vanguardias francesas. Wagner, como es sabido, en un principio había mantenido una revolución cultural y artística que Nietzsche siguió con el entusiasmo que le caracterizaba, y que se puso de manifiesto especialmente en *El nacimiento de la tragedia*. Los dos habían compartido las mismas ideas y los mismos objetivos en un principio hasta que llegaron a tener posiciones encontradas y diametralmente opuestas. Una de las causas de ese enfrentamiento o desencuentro fue precisamente la modalidad de la reforma del teatro a partir de la concepción del actor. El arte que se hace ante testigos, decía Nietzsche, el arte que rehúye de la propia soledad hace del artista un «actor». Por eso, el verdadero artista se olvida del mundo, se olvida de toda esa comedia representada, de sus espectadores, de la historia, de la metafísica, para poder desplegarse en su más pura creatividad. No es extraño que Nietzsche pensase que la música para Wagner era simplemente un medio de expresión característico del actor, y que su lenguaje era un lenguaje teatral. Ahora bien, esta experiencia simbolizada por la palabra «actor» no es una experiencia artística, sino una experiencia personal. En una nota tardía reflexiona sobre esta peculiaridad del modo de ser wagneriano: «En mi juventud tuve la mala suerte de que se me cruzase un hombre muy ambiguo en mi camino. Cuando yo conocí lo que era, es decir, un gran actor, que no tiene una auténtica relación con ninguna cosa (incluso con la música), yo estaba tan enfermo y asqueado, que creía que todos los hombres famosos eran actores, de lo contrario no hubiesen llegado a ser famosos» (FP III 34[3]).

A comienzos del siglo xx los análisis que se van haciendo sobre la *décadence* y la necesidad de reformar el lenguaje teatral retoman las discusiones sobre el enfrentamiento de Nietzsche y Wagner. Se planteaba entonces la necesidad de implantar no solo aquel teatro que había seguido los patrones wagnerianos por las vanguardias francesas, sino que las ideas de Nietzsche se abrían también su espacio poco a poco en las mismas. En este libro Francesca Manno se propone como objetivo la «reconstrucción» de aquellas concepciones de Wagner y Nietzsche en torno a la música, el drama y el teatro, presentes en las vanguardias teatrales de principios de los años